

Ana Galán

mondragó



CRÍAS DE DRAGÓN

DRAGONES
de HIELO



DESTINO

Ilustraciones de Javier Delgado

Ana Galán

mondragó

CRÍAS DE DRAGÓN

DRAGONES
de HIELO

Ilustraciones de Javier Delgado



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Ana Galán, 2018
© de las ilustraciones de cubierta e interior: Javier Delgado González, 2018
© Editorial Planeta S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2018
ISBN: 978-84-08-18249-8
Depósito legal: B.2.667-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

UNA SEMANA ESPANTOSA



Cale estaba agotado. Había sido la semana más larga del colegio, con exámenes todos los días y sin tener ni un solo minuto para descansar. Además, apenas le había podido hacer caso al pobre Mondragó, que estaba deseando salir a correr y perseguir ardillas. ¡Ni siquiera tuvo tiempo para ir a la dragonería con sus amigos —Casi, Mayo y Arco— y ayudar a Antón a buscar al resto de las crías de dragón que seguían

en manos de los ladrones! ¡Ya no podía más!

Exámenes, exámenes y más exámenes. ¡Puf!

En realidad, creía que le habían salido bastante bien. Seguramente aprobaría todo y, a lo mejor, hasta sacaba buena nota en la clase de fisiología de dragones, ¡su preferida! La única de la que no estaba seguro era la de la clase de armas, la del perverso profesor Trabuco.



Desde que él y Mayo descubrieron que Trabuco estaba al mando de la banda de ladrones, Cale no se sentía seguro cerca de él. Estaban casi convencidos de que Trabuco no los había reconocido cuando lo vieron en la cueva, pero la actitud del profesor con ellos era cada vez más agresiva. Los fulminaba con la mirada e incluso los separó el día del examen porque decía que iban a copiar. ¡Y Cale NUNCA copiaba! Podría no haber estudiado lo suficiente y suspender, pero él no copiaba. Su padre se lo había advertido muchas veces: «Cuando copias, robas no solo a los demás, sino también ti mismo». Para Cale, un ladrón era la persona más repugnante del mundo, como los chicos que seguían teniendo en su poder los dos huevos de dragón.

Cale se preguntó si seguirían escondidos en las cuevas del Trol o habrían huido a otro sitio ahora que habían des-

cubierto su escondite, como hicieron cuando los pillaron en el castillo de Wickenburg. Pensó en ellos. Eran chicos como él, pero vestían ropas andrajosas y estaban tan flacos que parecía que no habían comido en meses. ¿De dónde habían salido? ¿Cómo habían acabado así?

El chico se asomó a la ventana. ¡Ahora que empezaba una semana de vacaciones se ponía a diluviar! Sin embargo, él estaba en la habitación de su castillo, tirado en su comfortable cama, al resguardo del agua y del frío del otoño. En la pared de enfrente descansaba su paloma mensajera en la percha, y cerca de ella estaba la armadura ultraligera para el equipo de las cruzadas. Un aroma delicioso venía de la cocina. Su madre debía de estar preparando la cena, y el aroma le hizo la boca agua. Sí, definitivamente, él y sus amigos eran unos privilegiados.

Tenían una buena familia y, lo que era genial..., ¡dragones voladores que eran sus fieles compañeros! ¿Qué más podían pedir? Observó a su dragón, Mondragó, que estaba tumbado boca arriba en el suelo de la habitación y roncaba como un oso, y sonrió al verlo. En situaciones normales, Mondragó no debía estar en el castillo porque rompía las cosas con su inmensa cola ¡y se hacía pis! Pero estaban en medio de una de las mayores tormentas de los últimos años, y en las dragoneras había goteras. Así que su madre le había dado permiso para que lo metiera en su cuarto. ¡Pero solo en su cuarto!

«¿Qué más podía pedir? Bueno, si Mondragó pudiera volar, no estaría mal», pensó Cale, aunque sabía que, con esas alas tan pequeñas y el cuerpo tan grande, el inmenso animal nunca sería capaz de alzar el vuelo. Aun así, Cale no

lo cambiaría por ningún otro dragón del mundo.

¡PROOOOOOOOOOOOM!

Un fuerte trueno interrumpió sus pensamientos.

«Otro día sin salir. Qué rollo», pensó.

Cale se levantó para coger un libro especial que tenía en la mesa: Rídel. Era un libro parlante y sabio que solía ayudarlos a completar sus misiones con sus mensajes en clave. El chico se volvió a tumbar en la cama y tocó las letras doradas del título. Le pareció que el libro latía. Lo abrió y lo hojeó.

Las páginas estaban en blanco y no parecía que esta vez tuviera algo que decirle. Cale apoyó la cabeza en la almohada y se quedó mirando al techo.

—Ni siquiera Rídel



nos va a poder ayudar en esta ocasión —le dijo a Mondragó—. ¿Cómo vamos a recuperar los huevos de dragón? ¿Adónde se los habrán llevado?

Mondragó siguió roncando.

¡CRASH!

La luz de un relámpago entró por la habitación e iluminó las paredes.

El resplandor hizo que Mondragó se sobresaltara. El dragón se puso de pie de un salto y fue corriendo a tumbarse al lado de Cale.

—¡Oye! ¡Aquí no cabemos los dos! —exclamó Cale aplastado por el cuerpo del animal.

Mondragó metió la cabeza debajo de la almohada y empezó a temblar.

—Pues sí que eres valiente. Tranquilo, es solo una tormenta —añadió dándole palmaditas en el lomo.

¡PLAM!

Se oyó otro ruido en el castillo. Esta



vez no era un trueno. ¡Alguien había abierto la puerta principal!

¿Quién se atrevería a viajar con la que estaba cayendo?

Cale se levantó de la cama, salió de la habitación y se asomó desde la parte de arriba de la escalera. En la entrada vio la silueta de un hombre corpulento que intentaba luchar contra el viento y la lluvia para cerrar la puerta.

Cale se quedó sin respiración.

¡No podía ser! ¡Había regresado!

Bajó corriendo la escalera y gritó: